

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1951 - Número 45



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



188

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **168**



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1951



Tomo XIV
Número 45

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

ENERO-FEBRERO

Núm. 45

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

	Págs.
José López Toro.— <i>El poeta sevillano Juan de Alcalá</i>	9
José Armenta Camacho-Luis Benítez Romero.— <i>Epidemiología del Kola-Azar, en Sevilla y su provincia</i>	29
Antonio Domínguez Ortiz.— <i>Un embajador marroquí en Sevilla</i>	49
Federico Gutiérrez Serrano.— <i>San Antonio María Claret y Sevilla</i>	57

MISCELANEA

Higinio Capote.— <i>Don Luis Montoto</i>	77
Abel Bonnard.— <i>Sevilla, Ciudad de la cultura</i>	85
***.— <i>Concurso de monografías</i>	89
LIBROS	91
CRÍTICA DE ARTE.— <i>Pintura, Escultura y Grabado</i> , por Antonio Sancho Corbacho.....	101
CRÓNICA.— <i>Julio y agosto, 1945</i> , por el Cronista Oficial de la Provincia	107

ARTÍCULOS ORIGINALES

SAN ANTONIO MARÍA CLARET Y SEVILLA

HACÍA mucho tiempo que el celo incontenible del P. Claret quería derramarse sobre estas tierras incomparables de Andalucía, alanceadas por el sol. Más de cuatro veces se lo había dicho la Reina y siempre había tenido la misma respuesta. La Reina Isabel II tenía proyectado un viaje por Andalucía, pero había que aguardar ocasión propicia para que no se malograra. El confesor de la Reina tuvo que refrenar una vez más el afán misionero. Fué almacenando propaganda y libros para cuando llegara la hora. Buena idea la del P. Claret. Porque entonces soplaban vientos de revolución por estas tierras hechas para la serena alegría del espíritu. Unos cuantos hombres de mala voluntad les habían metido a los hombres de Loja en el alma unas ideas tan revolucionarias que les costaron un doloroso tributo de lágrimas y sangre. La sublevación de Loja fué una página triste en la historia andaluza. Para el P. Claret, arzobispo y confesor de la Reina, Andalucía era tierra de promesa. Dos veces la había santificado ya su sandalia misionera. La primera en febrero del 1848, cuando Mosén Claret, misionero apostólico, se dirigió con el obispo Codina a Canarias; la segunda, en mayo del 1857, ya de arzobispo, de paso para Madrid a su regreso de Cuba, llamado por la Reina para hacerle su confesor. Dos visitas rápidas y obligadas a Cádiz y Sevilla, y, también, escasas de noticias. Sin embargo, su corazón de misionero debió estremecerse al pensar en la ubérrima cosecha que podría lograrse de estas tierras tan prometedoras.

Ahora, en vísperas de ver realizados sus anhelos, escribía con pena en el alma: «Han sembrado cizaña en aquel hermoso campo». Por eso, cuando al fin, la Reina le anunció que aquel mes de septiembre de 1862 iba a emprender el viaje proyectado, al P. Claret se le alegró el alma. Preparó 85 arrobas de libros y hojas volanderas para ir sembrando la

verdad y el bien. Y en sus labios de misionero infatigable nació un ansia incontenible de decir verdades aunque tuviera que predicarlas, sin tregua ni reposo, hasta doce veces al día.

Afortunadamente, de este viaje del santo arzobispo, tenemos bastantes más datos que de los otros que hizo acompañando también a la Reina por el Norte y Levante. Y es necesario que ahora que el mundo entero tiene los ojos deslumbrados por el rayo vivo de su santidad cimera, proclamada solemnemente por el Papa el 7 de mayo de este Año Santo, nos dediquemos, con cariño y fatiga, a desempolvar documentos y concretar hechos, porque encierran no poca gloria para Sevilla.

Se ha escrito mucho sobre el viaje de Isabel II a esta capital, pero la mayoría de los escritores han dejado en la penumbra la actuación desbordadora de su confesor. Les importaba poco a aquellos hombres anticlericales de fin de siglo, el prestigio que aureolaba la figura humilde del P. Claret, siempre huyendo del aplauso y escapando cuanto antes del fausto regio y de la etiqueta palaciega, a que le ataba en ocasiones su cargo de arzobispo y confesor.

José Andrés Vázquez —gran admirador de Sevilla y gran admirador de San Antonio María Claret— lo ha notado certeramente y se ha lamentado de ello. Y ha querido subsanar este silencio malintencionado de los cronistas del siglo pasado, con el prestigio de su autoridad de cronista fiel y exacto de hoy:

....."Siquiera sea por compensar ahora el defecto de los cronistas de entonces que acaso tocados del morbo anticlerical de la época, rehuyeron la ocasión de percibir en el confesor de la Reina la figura de su mártir, que, por serlo, llegaría luego a la santificación. Velázquez y Sánchez y Tubino ni siquiera tuvieron la curiosidad —en honor de la exactitud de sus crónicas— de informarse del verdadero título del P. Claret: uno le llama arzobispo "de Cuba", y otro de "La Habana", con sólo la mención del cargo y con desdén para el nombre y el apellido. Cuando vino a Sevilla con Isabel II, ya no era el P. Claret prelado de ninguna parte de las Antillas. Sencillamente era arzobispo de Trajanópolis, "in partibus infidelium"... (1).

Nada más abrir las crónicas citadas y los periódicos de la época, salta a los ojos, necia e hiriente, su fobia anticlerical. En *El Liberal* hemos buscado afanadamente y hemos visto con pena que en la larga crónica de mala literatura que dedica a la estancia de la Reina en Sevilla, no nombra ni una sola vez al P. Claret, siendo así que la actividad inmensa del confesor de la Reina, se llevaba en pos de sí al pueblo entero

(1) José Andrés Vázquez.—Sevilla y San Antonio Claret.—«ABC», edición de Andalucía. 11 de junio de 1950.

de Sevilla, ansioso de escuchar su palabra ungida de sencillez evangélica. A pesar de todo voy a intentar reunir todos los datos dispersos que han venido a mis manos. Algunos de ellos son ya conocidos de antiguo y están estampados en las Vidas del P. Claret. Otros —acaso los de más gloria para esta Sevilla incomparable de Cofradías y Hermandades—, no sé que nadie los haya publicado anteriormente. Allí estaba en el magnífico archivo de la Santa Caridad, el acta preciosa de su admisión como hermano en ésta que es acaso «la Hermandad más espiritual de Sevilla» (2). Don Eduardo Ybarra, con exquisita amabilidad, los ha puesto a nuestra disposición.

Y aún tienen que quedar por ahí en las viejas crónicas de los conventos, noticias de interés, acerca de su paso por nuestra ciudad. Fué tal la actividad del P. Claret en los días que estuvo en Sevilla que apenas parecería creíble si no estuviera avalada por datos fehacientes.

El día 18 de septiembre de 1862 partía el tren real de Córdoba camino de Sevilla. En la estación quedaba aclamando a la Soberana todo el pueblo cordobés hasta que se perdió de vista por las fértiles tierras andaluzas. Sevilla, por su parte, ardía en fiestas esperando con impaciencia la llegada de la Reina. Había un derroche ornamental en calles y plazas, y la gente hormigueaba inquieta esperando la llegada. Iba a tener que esperar un poco.

"Es de bastante importancia —dice La Andalucía— el hecho que vamos a exponer y que tuvo lugar el 18 al cruzar el tren regio por el famoso puente del Guadalquivir, más acá de Lora. Desde que esta importante vía de comunicación se puso al servicio del público hace tres años, creyó el Consejo de Administración del ferrocarril de esta ciudad de Córdoba que debía reservar el nombre de tan bellissimo puente, primero que se ha hecho en España de su clase, para cuando S. M. la Reina honrase con su presencia las provincias andaluzas. Llevados de este pensamiento, carecía de nombre el indicado puente hasta que el jueves, al partir de Lora SS. MM., se les acercó el señor León y Medina, como presidente de la Sociedad, y les expuso a nombre del Consejo la complacencia que él mismo tendría en que llevase el augusto nombre del Príncipe Alfonso la importante obra que iba a cruzar. S. M. la Reina, llena de complacencia, admitió esta indicación y el Rey, constante protector de las mejoras públicas manifestó la satisfacción con que verá el nombre del Príncipe al frente de tan interesantes obras.

Entonces tuvo lugar este solemne acto, de la manera siguiente: Al ocupar el centro del puente la locomotora, Sus Majestades y Altezas se pusieron de pie y colocando al Príncipe de Asturias entre el excelentísimo

(2) Federico Gutiérrez, C. M. F.—Una gloria de Sevilla: El Padre Claret, Hermano de la Santa Caridad. «El Correo de Andalucía», 3 de mayo de 1950.

señor arzobispo de La Habana, P. Claret, y el excelentísimo señor obispo auxiliar de esta diócesis, bendijeron el puente con las oraciones de costumbre y concluyeron con llamar Puente del Príncipe Alfonso a la obra más importante que tiene la línea de que nos ocupamos. Esta ceremonia religiosa llevada a cabo por tan respetables Prelados, a la vista de una Reina que tantas obras se han hecho en su reinado, y colocados los espectadores a veinte metros sobre el Guadalquivir, dió tal importancia al acto que acaso ninguna otra obra haya conseguido en los tiempos modernos la honra que le ha cabido al puente que desde ayer lleva ya tan augusto nombre". (3).

Por este motivo llegó la Reina a Sevilla un poco más tarde de lo anunciado. Más de 30.000 personas se volcaron en la estación, envolviendo a la Reina en un griterío de entusiasmo indescriptible. Autoridades y pueblo rivalizaron en derrochar ingenio y alegría. Pero sobre todo, la famosa Corte chica de Sevilla, donde brillaba fastuosamente la noble prestancia de los duques de Montpensier, infantes don Antonio de Orleans y doña María Luisa Fernanda de Borbón. Los festejos con que Sevilla se deshizo con esa gracia tan suya y tan incomparable, por obsequiar a la Soberana, fueron ininterrumpidos.

Como al P. Claret, le llevaba el espíritu por otros caminos más altos y provechosos, y apenas si debió tomar parte en ellos, los vamos a dar de mano.

La comitiva, como de costumbre, se encaminó a la Catedral, donde el obispo de Doliche, auxiliar del arzobispo hispalense don Manuel Joaquín Tarancón, cantó solemnísimo Tedéum en acción de gracias retirándose luego a descansar entre el incesante delirio de la multitud.

"Aun antes de llegar (la Reina) al palacio de su augusta hermana, donde se ha hospedado prefiriéndole a su Real Alcázar —dice el Boletín del Arzobispado—, se dirigió a la Santa Iglesia Metropolitana, adoró en el pórtico de la puerta mayor la Sagrada Cruz, y precedida del clero parroquial y catedral y de los señores prelados titulares, el arzobispo de Trajanópolis, su confesor y el obispo de Doliche, auxiliar que fué del eminentísimo señor Cardenal difunto, visitó al Santísimo en la capilla mayor, entre los armoniosos ecos de los dos órganos que acompañaban el Tedéum, y después el cuerpo del Santo Rey en la capilla de Nuestra Señora de los Reyes".

El programa denso y apretado no les dejó un momento de reposo.

"Al siguiente, día 19 —continúa el Boletín—, hizo la Reina su

(3) La Andalucía, 21 septiembre 1862.

primera salida visitando el monasterio de Religiosas Urbanistas de Santa Inés, donde se conserva incorrupto el cuerpo de su fundadora la célebre doña María Coronel; el Hospital General de las Cinco Llagas, llamado de la Sangre, y el Hospicio de Pobres Ancianos de la Santa Caridad. En todas tres casas comenzó su real visita entrando con el ceremonial correspondiente en las respectivas iglesias y adorando al Señor con la mayor devoción; después edificó a las religiosas, a los enfermos y acogidos y a cuantos tuvieron la dicha de hallarse presentes, con señalados actos de piedad y humildad cristianas, que derramaron dulce consuelo en el corazón de todos". (4).

El P. Claret acompañó a la Reina en estas visitas de caridad a los pobres y desvalidos y debió sentirse bastante satisfecho al ver el alto ejemplo de piedad que su regia penitente daba al pueblo sevillano.

El día 20, en que habían de venerar el sepulcro y las reliquias de San Fernando, se inició oficialmente con solemne misa pontifical, oficiada por el obispo de Doliche, auxiliar del Metropolitano de Sevilla «ocupando—escriben los cronistas— Sus Majestades el trono levantado a la derecha del altar mayor, estando en su compañía el Príncipe de Asturias, la infanta Isabel y los duques de Montpensier con la mayor de sus hijas, y ocupando además sus respectivos puestos enfrente de las personas reales el arzobispo confesor de Su Majestad, los ministros y la servidumbre» (5).

Dos días más tarde, el P. Claret figura a la cabeza de los jefes de Palacio en el suntuoso banquete con que los duques de Montpensier obsequiaron en su Palacio de San Telmo a la regia comitiva (6).

Los Reyes continuaron visitando en los días sucesivos los principales centros artísticos y culturales de la ciudad, recibiendo en todas partes el mejor testimonio de agradecimiento y fidelidad. El P. Claret, entre tanto, fué recorriendo las iglesias y conventos para levantar en muchos de ellos el espíritu religioso un poco sojuzgado por el espíritu de la época.

"Entretanto —dice el Boletín oficial del Arzobispado— durante los ocho días que ha permanecido la Reina en Sevilla, el excelentísimo señor Claret, su confesor, incansable en las tareas del ministerio apostólico, no ha dejado de predicar la divina palabra con la unción y eficacia propia de un hombre de Dios; a todo el clero por tres noches consecutivas en la parroquial de San Pedro; a las religiosas de los veinte conventos de esta ciudad; a las Asociaciones e Institutos de beneficencia, y última-

(4) Boletín Oficial del Arzobispado de Sevilla, 27 septiembre 1862, núm. 197, pág. 46.

(5) Cristóbal Fernández, C. M. F.—El Beato Padre Antonio María Claret, tomo II.

(6) Cristóbal Fernández, C. M. F.—El Beato Padre Antonio María Claret, tomo II, pág. 427. Editorial Coculsa, Madrid, 1947.

mente, a todo el pueblo reunido, cuanto cupo, en la espaciosa iglesia de San Pablo, hoy parroquia de la Magdalena" (7).

Por fortuna, el diligente capellán del P. Claret, don Carmelo Sala, tuvo buen cuidado de ir anotando las increíbles actividades claretianas y de comunicárselas en una carta, que es el más preciado documento, al P. Xifré. Superior General de los Misioneros Hijos del Im. Corazón de María. Sus Hijos, los Misioneros, de los que tuvo que separarse cuando apenas fundada la Congregación le echaron encima, bien a pesar suyo, los hábitos arzobispales, seguían con ansiedad los pasos andariegos de su fundador y padre. Y este afán de sus misioneros por conocer sus andanzas de apóstol infatigable, salvó del olvido multitud de datos interesantes. Dice así don Carmelo Sala:

"Si mal no recuerdo, decía a usted en mi anterior, que llegamos a Sevilla el día 18, siendo hospedados en casa del ilustrísimo señor obispo auxiliar. Durante los siete días de permanencia en dicha ciudad han sido 43 los sermones que el señor arzobispo ha predicado: al clero, al pueblo, a las religiosas y en los establecimientos de caridad. El 19 tuvo que ir por la mañana a cumplimentar a Sus Majestades y por la tarde les acompañó en las visitas que hicieron al convento de Santa Inés, al Hospital General y al de la Caridad. Por la noche fué preciso asistir al convite de los Reyes, pero no comió S. E. I. otra cosa que un poco de ensalada. Lección de abstinencia que todos admiran y que obra un maravilloso efecto, pues puede decirse con toda verdad que la mesa de Palacio, aun en los días de gran convite y sobre todo si asiste el señor Claret, es un modelo de templanza en medio de la variedad de manjares que se sirven.

El día 20 comenzó S. E. I. sus predicaciones en Sevilla, dirigiendo la palabra por la mañana a las religiosas de la Encarnación, a las Agustinas y Carmelitas de la Reforma de Santa Teresa, y por la tarde a las Franciscas de Santa Inés, Jerónimas de Santa Paula, Franciscas del Socorro, Franciscas de la Palma, y Hermanas del Hospicio. Además asistió por la mañana a la misa pontifical que celebró el señor auxiliar en presencia de Sus Majestades, y por la tarde tuvo también una hora de conferencia con los Padres Jesuitas y visitó a los Padres de San Felipe Neri.

El día 21 celebró de pontifical en la iglesia de San Telmo con asistencia de los Reyes y por la tarde predicó en los conventos de las Dueñas, que son Bernardas en el de Agustinas del Espíritu Santo, que tienen un colegio de niñas muy bien montado, y en el de Agustinas, también de San

(7) Boletín Oficial del Arzobispado de Sevilla, 27 septiembre 1862, número 197, págs. 46 y ss.

Leandro. Por la noche comenzó en la iglesia de San Pedro un triduo al clero, del que muchos muy bien se aprovecharon, gracias al Señor. Cuando predica al clero el señor Claret toma una entonación tan particular y habla con una unción tan divina que encanta, conmueve y arrebató el corazón.

El día 22 les tocó a su vez a los conventos de Bernardas Benitas de San Clemente, Franciscas de Santa Clara, Carmelitas de Santa Ana y Dominicas de Santa María la Real; por la tarde estuvo a predicar en tres conventos más y en el Beaterio de Recogidas, fundación nueva que tiene por objeto recoger las mujeres perdidas que, tocadas de la gracia buscan un asilo seguro de salvación. Por la noche, el segundo sermón al clero.

El día 23 fué completo, pues hizo nada menos que doce pláticas: dos a las Hermanas de la Caridad de la Cuna y del Hospital del Pozo Santo, dos a las Enfermeras, además a las Religiosas Mínimas, a las Capuchinas y a las señoras de la Conferencia de San Vicente de Paúl; dos más en el Asilo, una en el convento de Nuestra Señora de los Reyes y otra en el Beaterio de la Santísima Trinidad, Hermanas dedicadas a la enseñanza. Por la noche concluyó el triduo a los sacerdotes.

El día 24, ocho pláticas; cuatro a las Hermanas de la Caridad, encargadas del Hospital de niños de San Luis, Asilo de niñas de Santa Isabel y Hospital de la Caridad que es de impedidos; y cuatro a los enfermos y enfermas de los Hospitales mencionados y a los niños y niñas del Hospicio y Asilo.

La mañana del día 25 la ocupó en recibir algunas personas que deseaban verle y consultarle y en pagar algunas visitas, pocas, de imprescindible necesidad. Por la tarde predicó al pueblo en la iglesia de San Pablo, una de las mayores de Sevilla. Hubo gran concurrencia y habló en su sermón del amor de Dios y no dudo que muchos quedaron encendidos en las llamas del fuego sagrado que despedían las palabras del predicador, caldeadas en las fraguas de su amante pecho. Concluido el sermón al pueblo, que fué casi de hora y media, predicado con tono de voz muy subido por causa de la capacidad del templo y mucho auditorio, sin más descanso que el tránsito de una iglesia a otra, predicó otros tres cuartos de hora en el Angel a los señores de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Y después de esta tarea, suficiente y más que suficiente para rendir las fuerzas de un gigante, me dijo estas palabras: "Conozco que Dios quiere que predique, pues me hallo tan tranquilo, tan descansado, y con tantas fuerzas como si nada hubiese hecho; el Señor lo hace todo. Bendito sea para siempre".

Es cosa también muy digna de notarse que todas estas predicaciones no le quitan ni la más pequeña parte del tiempo que tiene destinado para la oración, lectura espiritual y demás ejercicios piadosos que diariamente

practica, que su comida es muy parca y el sueño casi nada. Yo no acabo de admirar este portento de la gracia y bendecir al Señor que en su misericordia me concede este don tan precioso y de confundirme por lo poco que aprovecho con tan buen maestro. Le confieso a usted con toda la sinceridad de mi corazón que muchas veces tiemblo y me estremezco al pensar el juicio que me espera si no soy fiel en corresponder a las mercedes del Señor" (8).

Magnífico resumen este que nos hace tan sencillamente don Carmelo Sala. Casi todos sus datos y apreciaciones los hallamos confirmados en otros informes.

El P. José Sánchez Fuentes, Prepósito dos veces del Oratorio de Sevilla, tuvo buen cuidado de ir anotando por su parte, en unos apuntes autobiográficos que fué escribiendo día por día durante varios años, algunos datos interesantes sobre estas andanzas misioneras del confesor de la Reina (9).

Es lástima que el buen Padre fuera tan breve en sus anotaciones y comentarios.

Estos apuntes los publicó el M. I. señor don José Roca y Ponsa, Magistral de Sevilla y Prepósito del Oratorio, en la revista de los Padres Filipenses *Penitencia y Reparación*, editada en nuestra ciudad.

Dicen así en lo que se refiere al P. Claret:

"Conferencias al Clero.—El día 21 de septiembre comenzó en la parroquia de San Pedro el Ilmo. señor Claret, confesor de la Reina Isabel, que vino con ella a esta ciudad, unas conferencias para los eclesiásticos, asistiendo esta primera noche gran concurrencia, presidiendo los Ilmos. señores obispo auxiliar y de Gibraltar. Habló esta noche de la significación de la palabra "sacerdote" y "presbítero". Ponderó las excelencias del sacerdocio, comparándolo con las columnas de las armas de España, donde se lee: Non plus ultra. Una columna es la potestad sobre el cuerpo de Jesucristo: consagrar. La otra, de perdonar pecados: absolver. Ofreciéronle ancho y lo hizo con un celo verdaderamente apostólico. Duró cinco cuartos de hora.

El día 22, segunda conferencia: "De las virtudes que deben adornar al sacerdote, principalmente la humildad, mansedumbre, pureza y modestia". Explicó la mansedumbre con el ejemplo de los peces, que acuden moviendo el agua ligeramente con el dedo, y más arrojándole migajas de pan; pero se espantan si arrojan al agua un palo o una piedra. De la castidad dijo que tal vez su nombre provenía de la palabra castaña, por la se-

(8) Mariano Aguilar, C. M. F.—Vida del Padre Claret, tomo II, págs. 113 y ss. Madrid, 1894.

(9) Jerónimo Benito, C. M. F.—El Venerable P. Claret en Sevilla. Iris de Paz, junio 1929.



Visita de S. M. la reina Doña Isabel II al Hospital de la Santa Caridad.—Óleo de J. Roldán. Ref. pág. 68.

(Foto, LABORATORIO DE ARTE.—Universidad de Sevilla).

mejanza que tiene con este fruto. La castaña tiene tres cubiertas o vestidos: 1.º El erizo, armado de púas que la defienden: "la mortificación". 2.º Otra muy lustrosa, cristalina y oscura, y 3.º Otra capa muy fina que se adapta perfectamente al fruto y ésta es "la modestia".

El día 23 se ocupó de los medios de adelantar y sostenerse los sacerdotes en la virtud La piedad, oración y el celo de las almas. Dió la bendición papal a más de doscientos sacerdotes que asistieron" (10).

De su sermón al pueblo queda también especial recuerdo en las Crónicas y Apuntes. La Andalucía del 2 de septiembre insertaba en su sección de Crónica este anuncio: «El día 25, a las cinco de la tarde, predicará el excelentísimo e ilustrísimo señor arzobispo don Antonio Claret, confesor de S. M., en la iglesia del extinguido convento de S. Pablo» (11).

Por su parte, el P. Fuentes anota en su diario: «Ultimamente ante un numeroso concurso predicó en la iglesia de San Pablo sobre la obligación de amar a Dios sobre todas las cosas. Tema: «Diliges Dominum...». Exordio: Grandeza y nobleza del fin del hombre; todas las cosas para el hombre y el hombre para Dios. División: debemos amar a Dios por ser tan amable y porque El nos ama infinitamente» (12).

Pero de todas las actividades claretianas de aquella semana inolvidable en los anales de Sevilla merece destacarse una que es como símbolo y cifra de todas ellas.

Acaso la visita de más resonancia y que conmovió más hondamente el ánimo del pueblo fué la que hizo la Reina al Hospital de la Santa Caridad, joya incomparable de la religiosidad y del arte sevillanos. Las visitas del P. Claret no fueron tan comentadas como la de la Soberana. Hoy, sin embargo, la Muy Humilde y Real Hermandad de la Santa Caridad, fiel durante siglos al espíritu recio de su fundador don Miguel Mañara, se regocija teniéndole por su gloria mayor. Porque San Antonio María Claret fué hermano de la Santa Caridad, y sobre todo, porque es el primer hermano que sube a la suprema gloria de los altares.

La tarde del 19 de septiembre de 1862, visitó la Reina la Santa Caridad, acompañada de lucida escolta de gentiles hombres; entre ellos los duques de Montpensier.

El periódico *La Andalucía* da cuenta de la regia visita:

"En el cómodo arrecife construido exprofeso por el Excmo. Ayuntamiento, esperaban a S. M. los señores arzobispo de Cuba, señor Claret; Obispo de Doliche, y hermano mayor electivo señor don Francisco Arboleya... Al entrar la comitiva en el patio, indicó el confesor de S. M. al

(10) Penitencia y Reparación.—Agosto, 1919.

(11) La Andalucía.—24 septiembre 1862, núm. 1471.

(12) Penitencia y Reparación.—Agosto, 1919.

hermano mayor que la Reina deseaba pasar a la iglesia, e inmediatamente se dirigió a ella por los claustros interiores de la Hermandad.

El organista de la Catedral tocó la marcha real en el melodium y el P. Claret ofreció agua bendita a la Reina, que oró ante el altar mayor, obra de Roldán, postrándose también todos los presentes" (13).

Continuaron visitando la iglesia, tesoro de arte y de riqueza. Los cuadros famosos de Valdés Leal les dieron a los Reyes y magnates su severa lección del fin de la gloria del mundo y de la grandeza humana. Junto a ellos, cuadros inmortales de Murillo. Desgraciadamente no estaban allí todos. La rapacidad francesa se había llevado algunos contra toda justicia y razón. Entre ellos el famosísimo de Santa Isabel de Hungría, lavando las llagas de los mendigos. Hoy afortunadamente ha sido recuperado. Pero en verdad dentro de unos momentos la Reina Isabel II iba a revivir la escena del lienzo inmortal de Murillo, emulando el rasgo magnífico de la otra Isabel, modelo de Santas y de Reinas. También a ella le herían las llagas de los pobres enfermos y había ido allí precisamente a llevarles un poco de consuelo con el bálsamo de su caridad.

"Particularmente en la Santa Caridad se manifestó S. M. harto fervorosa, besando la mano al pobre más antiguo, según acostumbran los piadosos individuos de aquella respetable Hermandad, y queriendo tomar posesión en la Sala de Cabildos del cargo de hermana mayor, expresando la satisfacción que le causaba ser la única mujer que pertenecía a esta obra de caridad dirigida exclusivamente por varones y para varones" (14).

Efectivamente, la Reina tomó posesión de hermana mayor manifestando que para corresponder a tan insigne honor «su deseo era cumplir en todo con la regla de la corporación». En el archivo de la Santa Caridad está el acta que lo atestigua y que en lo que se refiere al P. Claret, dice así:

"Formada la Hermandad recibió en la puerta a la excelsa Señora y la acompañó a la iglesia, donde le dió el asperges el excelentísimo señor arzobispo de Trajanópolis in partibus infidelium acompañado del ilustrísimo señor obispo de Doliche, también in partibus, auxiliar que fué del difunto Emmo. Cardenal don Manuel Joaquín Tarancón, arzobispo de esta ciudad..., etc." (15).

(13) La Andalucía.—21 septiembre, 1862.

(14) Boletín Oficial del Arzobispado de Sevilla.—27 septiembre, 1862, núm. 197, pág. 47.

(15) Archivo de la Santa Caridad.—Legajo especial núm. 27. Actas de admisión de familias reales.

Francisco M. Tubino en su *Crónica del viaje a Sevilla de Sus Majestades y Altezas Reales* añade estas noticias de interés:

"Entonces, ella que había permitido se inscribiese su nombre como hermana mayor en los registros de la casa, acompañada de toda la servidumbre, autoridades y hermanos, se trasladó a la sala de la Virgen, donde se hallaba el infeliz enfermo en quien concurría la circunstancia indicada (de ser el más antiguo). Acercose S. M. al lecho y el hermano mayor le presentó la mano izquierda del acogido por ser manco de la derecha. Doña Isabel II, dando un insigne ejemplo de humildad, inclinose y depositó sobre ella sus labios, siendo tan grande el efecto producido en los circunstantes que prorumpieron en calurosos vivas a la "madre de los pobres". Por todos los rostros corrían abundantes lágrimas, hijas de la emoción que ocasionaba tan tierna escena" (16).

El P. Claret contempló conmovido el rasgo de piedad de su regia penitente. No sabemos si también de sus ojos brotaron lágrimas emocionadas.

"Su Majestad la Reina —dice La Andalucía—, el señor Arboleja, el enfermo y casi todos los que presenciaron aquel espectáculo tiernísimo, digno de un pincel maestro y una pluma mejor cortada que la nuestra, derramaron lágrimas en abundancia..." (17).

La escena merecía realmente una mano de artista que la inmortalizara. A la Hermandad se le ocurrió enseguida y se decidió a hacer las gestiones oportunas.

Al saberse la noticia en Madrid, el periódico *Regeneración* publicó un vibrante artículo, que copió *La Andalucía* (18), en el que pedía un pincel maestro que lo perpetuara para siempre. Al día siguiente en la crónica del periódico sevillano apareció este suelto respondiendo a los deseos del diario madrileño:

"Debemos decir a nuestro colega, que tan laudable deseo se verá satisfecho cumplidamente sin que su excitación haya influido para ello, pues mucho antes de tener conocimiento de ella, esto es, al siguiente día en que los Reyes visitaron La Caridad, un artista sevillano tomaba los apuntes necesarios para dibujar una lámina cuyo asunto será la escena a que nos referimos y la cual se destina para ilustrar la "Crónica del viaje de

(16) Francisco María Tubino.—Crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas. Pág. 171.

(17) *La Andalucía*.—21 septiembre 1862.

(18) *La Andalucía*.—21 septiembre 1862.

SS. MM. a las provincias andaluzas", que escribe nuestro director (Francisco M. Tubino). Pero no es esto sólo; un acreditado pintor sevillano concibió el pensamiento de consignar en un cuadro aquel hecho el mismo día en que acaeció, avistándose para su realización con el teniente de hermano mayor señor marqués de Sales. El artista a que nos referimos, que está ya formando su composición, es el señor Roldán, cuyo crédito, justificado por los premios que sus obras alcanzaron en diversas exposiciones, nos responden del buen desempeño de la que ha emprendido...

El señor Roldán ha encontrado el más decidido apoyo en los señores hermano mayor electivo y teniente de hermano mayor de La Caridad y, según tenemos entendido, las figuras de su cuadro serían retratos de Sus Majestades y de los principales personajes que estaban al lado de la Reina en el momento de besar la mano al pobre" (19).

El anhelo de la Hermandad y del artista se cumplió. En el Hospital de la Caridad está el óleo de Roldán perpetuando la escena. Es un cuadro pequeño pero de indiscutible mérito, sobre todo por el gran parecido de los personajes.

En primer término aparece S. M. Isabel II y contemplándola, diversos personajes políticos. Al lado del enfermo, satisfecho y emocionado, está el P. Claret, teniendo a su izquierda al obispo de Doliche. (Véase la reproducción de este cuadro, unida a estas páginas).

En cuanto a la lámina de que habla el articulista citado, es cierto que aparece en la *Crónica* de Francisco Tubino. Representa la misma escena. Cerca de la Reina se ve un Prelado. Pero como resulta que asistieron a tan emocionante acto el P. Claret y el obispo de Doliche, y el de la lámina no se parece a ninguno de los dos, nos quedamos sin saber a cuál de ellos intentó reproducir el autor.

La Reina estuvo dos horas largas en el Hospital de la Caridad examinando detenidamente el tesoro artístico que encierra, y llevando con sus palabras y con sus limosnas, el consuelo a los pobres enfermos. El P. Claret, por su parte, había de volver varias veces a predicarles con su palabra y con su ejemplo a los enfermos y a las religiosas. Ya quedan anotadas algunas de estas visitas en la carta de don Carmelo Sala. *La Andalucía* en su crónica del viernes 26 de septiembre de 1862 hace resaltar este rasgo caritativo del santo arzobispo:

"VISITA EDIFICANTE.—Anteayer, a las cinco de la tarde y acompañado de los presbíteros don Gregorio López y don Benito de la Fuente, visitó el Hospital de la Santa Caridad el excelentísimo señor don Antonio Claret, arzobispo dimisionario de Cuba y confesor de S. M. Fué recibido

por el hermano mayor electivo y demás hermanos, y después de orar en la bella y artística iglesia pasó a las espaciosas salas, donde dirigió su elocuente palabra a los pobres, exhortándoles, en un discurso lleno de brillantes y vivisimas imágenes y profundos pensamientos, a la paciencia y resignación en las enfermedades y demás trabajos de la vida, a la gratitud a Dios y a los bienhechores y al amor a las cruces que el Señor envía como muestra de su predilección y prendas de la gloria futura.

Después los consoló, obsequiándoles con estampas y oraciones, dirigiéndoles cariñosas y sentidas frases en particular y distribuyendo el tesoro de indulgencias que está facultado para conceder como Prelado de la Iglesia, y con gran consuelo de aquellos pobres que recordarán siempre tan amable y edificante visita" (20).

La Muy Humilde y Real Hermandad de la Santa Caridad, atraída por el alto prestigio de santidad que aureolaba la fama del P. Claret, quiso honrarse recibiendo en su seno «como padre y maestro». Para eso se reunió en Cabildo extraordinario el 22 de septiembre. Al margen del acta está la lista siguiente de los señores que asistieron:

"Hermano mayor, tesorero, prioste, celador, agente mayor don José Merino Pro., don Eusebio Campuzano Pro., don Luis Levin, don José Sarabia, don Francisco Abaurrea, don José Borges, don Francisco de Borja Palomo, y el infracrito. Comisión para felicitar y recibir hermano a el señor arzobispo de Trajanópolis in partibus infidelium".

El acto, en lo que nos interesa, dice así:

"...El hermano mayor manifestó que creía se estaba en el caso de felicitar según costumbre respecto a los Prelados de la Iglesia, al excelentísimo señor don Antonio Claret, arzobispo de Trajanópolis, que había llegado con la corte y de invitarle a que se inscriba en el número de los que componen esta Hermandad, para que nos enseñe con su doctrina y nos edifique con su ejemplo y documentos. El Cabildo aprobó este pensamiento nombrando una comisión compuesta del hermano mayor, celador y secretario para realizarlo en sus dos extremos" (21).

La comisión nombrada cumplió diligentemente su cometido. Hay un acta preciosa que no deja lugar a dudas.

"Don José Mateos Gago, secretario primero de la Humilde y Real Hermandad de la Santa Caridad de esta ciudad, certificó: que en el Ca-

(20) La Andalucía.—26 septiembre 1862.

(21) Archivo de la Santa Caridad.—Libro de actas de Cabildos, núm. 15, año 1859 (9 enero) al 1866 (9 dic.), folio 169.

bildo extraordinario de 22 de septiembre de 1862 se acordó nombrar y se nombró una comisión compuesta de nuestro hermano mayor, del celador, y del infrascripto, para recibir en el número de nuestros hermanos al excelentísimo señor don Antonio María Claret, arzobispo de Trajanópolis, in partibus infidelium y confesor de S. M. a quien acompañaba en su viaje a esta capital. La vida apostólica de este insigne Prelado, en consonancia con sus preclaras virtudes y profundo saber, era estímulo poderoso para que la Hermandad deseara tenerlo en su seno. La comisión, reunida en 25 de septiembre del mismo año, le manifestó por el secretario que suscribe lo grato que sería a la Hermandad interesarle a favor de los pobres de esta santa casa con el doble vínculo de su caridad y el especial de nuestra regla, y lo provechoso que sería a todos oír alguna vez sus exhortaciones y recordar que tenían un padre y maestro a quien consultar en los negocios de la casa y los asuntos espirituales que necesitasen de consulta, esperando que los miraría en adelante como suyos propios. Asintió desde luego el excelentísimo Prelado a los deseos que se le manifestaron y entonces el secretario le hizo presente las obligaciones que se contienen en la fórmula de recibimiento de hermanos, según está escrito en la regla, y estando conforme en todo, se dió por terminado el acto, concediendo luego S. E. ochenta días de indulgencia por cada uno de los actos piadosos que se practican en nuestra casa hospital, en la forma misma en que se han concedido por otros Prelados: de todo lo que doy fe. José Mateos Gago" (22).

Posteriormente, el 12 de octubre, pasado ya el ajeteo en que había tenido a la Hermandad la visita regia, se reunió nuevamente en Cabildo ordinario cuya acta lleva al margen la siguiente anotación referente al P. Claret:

"Se recibieron hermanos los excelentísimos señores don Antonio María Claret, arzobispo de Trajanópolis, y don Saturnino Calderón, ministro de Estado".

Y en el texto:

"...El mismo hermano (mayor) dió cuenta de haber desempeñado con la comisión nombrada en el Cabildo anterior el encargo de visitar, felicitar y cumplimentar a los excelentísimos señores don Antonio María Claret, arzobispo de Trajanópolis in partibus infidelium, y a don Saturnino Calderón Collantes, ministro de Estado, y de que los dos dichos señores se inscribieron en nuestra Hermandad, concediendo el primero in-

(22) Archivo de la Santa Caridad.—Actas de solicitud de ingreso, legajo 15. Año 1840 al 99, solicitud núm. 299.

dulancias por los actos piadosos que se practican en esta santa casa, las cuales les pondrá por escrito". Firman: Francisco Arboleya (hermano mayor) y José Mateos Gago, secretario primero. (23).

Lo que no hemos podido averiguar es si realmente el P. Claret dejó por escrito la concesión de indulancias. Hemos registrado avaramente el magnífico archivo de la Santa Caridad, donde se conservan con todo esmero documentos similares de años anteriores y posteriores, y no hay entre ellos ninguno de San Antonio María Claret. Y es lástima, porque un autógrafo suyo hubiera sido de excepcional interés.

Finalmente en el *Libro de inscripción de Hermanos* está su ficha breve y sencilla:

"Excmo. e Ilmo. señor don Antonio María Caret, arzobispo de Trajanópolis, in partibus infidelium, confesor de S. M. la Reina, arzobispo que fué de Cubas, Caballero Gran Cruz de Carlos III e Isabel la Católica. Recibido en 25 de septiembre de 1862" (24).

Posteriormente, seguramente al comunicarse a la Hermandad la noticia de su muerte, otra mano escribió debajo esta nota:

"Falleció en Madrid el 24 de octubre de 1870 y se le aplicaron los sufragios de Regla" (25).

Al autor de esta nota debieron comunicarle desde Madrid la noticia del fallecimiento del P. Claret, y por descuido o por equivocación la redactó así. Pero no interesa andar buscando las causas del error. Lo cierto es que el P. Claret no murió en Madrid, sino en el monasterio cisterciense de Fontfroide (Francia). La Revolución del 68, que le había perseguido atrozmente por el gran delito de haber amado a España como nadie, le obligó a comer el pan amargo del destierro. Tuvo que abandonar la patria acompañando a Isabel "la Reina de los tristes destinos". Y allí, en el destierro, terminó su vida incomparable bendiciendo a España.

Estos son los recuerdos principales de la estancia del P. Claret en Sevilla. Ahora, a casi un siglo de distancia, adquieren actualidad; una actualidad gloriosa para nuestra ciudad y sobre todo para la Santa Caridad, que han unido por eso su voz jubilosa al clamoreo que se ha levantado del mundo entero celebrando su glorificación.

En la mañana del 26, los Reyes, y con ellos el P. Claret se alejaban

(23) Archivo de la Santa Caridad.—Libro de actas de Cabildos, núm. 15, folio 170.

(24) Archivo de la Santa Caridad.—Libro de inscripción de hermanos, 1863, folio 8 vuelto.

(25) Archivo de la Santa Caridad.—Libro de inscripción de hermanos 1863, folio 8 vuelto.

de Sevilla rumbo a Cádiz a bordo del navío *Remolcador*. Habían de volver pronto a recibir otra vez el homenaje del pueblo sevillano.

El día 3 de octubre estaban ya otra vez en Sevilla. Don Carmelo Sala, su capellán, lo fué anotando con su fidelidad y cariño de siempre:

"...el día 3, designado para el regreso de Sus Majestades a Sevilla, tomamos el ferrocarril y la Reina se detuvo en Jerez para almorzar y ver algunas cosas notables de aquella importante población; el señor arzobispo deseoso siempre de aprovechar todos los minutos no descuidó esta coyuntura y pasó a predicar a las Hermanas de la Caridad y en dos conventos de religiosas (26).

Al anochecer volvió la comitiva regia a Sevilla, siendo recibida por la multitud en medio de la luz deslumbradora de las bengalas.

Al día siguiente, fiesta del Rey, tuvo lugar entre otros actos una brillantísima ceremonia de acción de gracias.

"En la mañana del 4 —dice el cronista Tubino— la real familia asistió a una misa de pontifical que se celebró en el trascoro de la Catedral con una magnificencia sin ejemplo. Oficiola el Nuncio de Su Santidad monseñor Barilli, asistido del arzobispo de Cuba, señor Claret, y del obispo de Doliche, auxiliar de Sevilla. Acompañaban a Sus Majestades los ministros ya citados y además el de Gracia y Justicia, que acababa de llegar a Sevilla. La concurrencia fué muy numerosa y el acto espléndido, como no es posible que tenga lugar en ninguna parte; ocupaba el altar, que era de plata, una hermosa efigie de Montañés, y el Cabildo había sacado sus mejores galas para que lucieran en aquel solemne día. Los seises bailaron sus danzas tradicionales" (27).

Don Carmelo Sala lo confirma también en carta al reverendísimo P. Xifré, añadiendo nuevos datos que completan los del cronista:

"El día 4, día de San Francisco, santo del Rey, después de haber predicado en un convento y en el Seminario, asistió (el P. Claret) a la misa pontifical que celebró el Nuncio de Su Santidad; por la tarde fué al besamanos y después a despedirse de los padres Jesuitas y a los Filipenses a quienes predicó para terminar el día.

Hoy (5 de octubre), ha tenido que ir a la Carraca para acompañar a Su Majestad la Reina y mañana, Dios mediante, pasaremos a Córdoba" (28).

(26) Cristóbal Fernández.—El Beato Padre Antonio María Claret, tomo II, pág. 431. Editorial Cocusa. Madrid, 1947.

(27) Francisco María Tubino.—Crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas. Pág. 303. Sevilla 1863.

(28) Cristóbal Fernández, C. M. F.—El Beato Padre Antonio María Claret, tomo II, pág. 431. Editorial Cocusa. Madrid, 1947.

De su visita a los padres del Oratorio dejó una nota breve y es-cueta el citado P. Fuentes:

"El día 4 de octubre predicó el señor Claret a los padres de nuestra Congregación reunidos en la casa de Ejercicios" (29).

Como anotaba don Carmelo Sala, el rápido viaje a Cádiz le obligó al arzobispo a suspender sus predicaciones. Un día más de los muchos que la etiqueta palaciega y el deseo de la Soberana de tenerlo a su lado le hicieron perder para sus afanes misioneros.

"El día 5 los Reyes pasaron en un tren especial al Arsenal de la Carraca con el propósito de presenciar el acto de la botadura de La Villa de Madrid" (30).

Regresaron el mismo día para recoger el último homenaje de los sevillanos.

El día 6, a las seis de la mañana, se hallaban las autoridades en la estación de Córdoba. Media hora después llegaron los Reyes. Entre gritos y aclamaciones se despidió la Reina de Sevilla. Y con la Reina el P. Claret, que tan a manos llenas había sembrado la verdad y el bien en estas tierras incomparables. Ya no había de volver más. Pero iba gozoso y satisfecho porque Dios le había cumplido los deseos.

En pos de sí dejaba, como un reguero de luz, el vivo ejemplo de su santidad cimera. El eco de su voz de *Apóstol del siglo XIX* no se ha apagado todavía; vive aún por obra de sus hijos los misioneros, que siguiendo sus pisadas han venido trabajando como él, incansablemente. Durante largos años se ha desbordado su celo desde la capilla de San Gregorio, en la Puerta de Jerez. Como el P. Claret han derramado su actividad en múltiples empresas: el Clero, el Seminario, las Comunidades religiosas, el pueblo de Sevilla. Y ahora como el mejor homenaje a San Antonio en su canonización, en el barrio de Heliópolis, gala de Sevilla, se alza el Colegio *Padre Claret*, donde sus hijos los misioneros van sembrando a manos llenas la virtud y la ciencia en centenares de niños sevillanos.

Así continúa viva e imborrable la huella que dejó a su paso por nuestra ciudad San Antonio María Claret. La Prensa y la Radio hicieron resaltar su prestigio inabarcable. Al homenaje de los misioneros se ha juntado —cálido y jubiloso— el de la Muy Humilde y Real Hermandad de la Santa Caridad. Unidos en un afán común de glorificarle, el 18 de

(29) Penitencia y Reparación.—Agosto 1919.

(30) Francisco María Tubino.—Crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas. Pág. 322. Sevilla 1863.

junio celebraron solemnísima función de acción de gracias en la iglesia incomparable del Hospital de la Caridad, santificada por su presencia. Don José Sebastián Bandarán, capellán real, cantó las glorias del santo y toda la Hermandad se postró ante él con la dulce ufanía de haberle tenido en su seno. El venerable Mañara debió estremecerse también de gozo en su sepulcro. La obra que él fundó para servicio de *nuestros hermanos y señores los pobres* sigue cada vez con paso más firme la ruta austera y gloriosa que él le trazó.

Con la bendición de este primer hermano que sube a los altares se abre para ella una época de renovado esplendor.

Unos días más tarde —del 29 de junio al 2 de julio— sus hijos los misioneros claretianos y todos sus devotos celebraron en su honor solemnisimo triduo en Heliópolis. En el patio del Colegio —magnífico escenario para una velada— la juventud representó *La Apoteosis de San Antonio María Claret*, del P. Serafín del Río, C. M. F. Y arriba, en la más linda espadaña sevillana se volvieron locas de alegría las campanas por él.

¿Qué menos podía hacer Sevilla por San Antonio María Claret? Por mi parte, renunciando adrede a hacer un artículo literario, he preferido presentar sencilla y escuetamente, con datos fehacientes, los múltiples testimonios de la increíble actividad del P. Claret en nuestra ciudad.

Me parece que ellos de por sí son el mejor elogio que le podemos tributar.

FEDERICO GUTIERREZ SERRANO, C. M. F.

Sevilla, julio de 1950.